



LA VIDA GALANTE

Revista semanal ilustrada

Director: EDUARDO ZAMACOIS

Administrador: RAMÓN S. LÓPEZ



LAS NINFAS

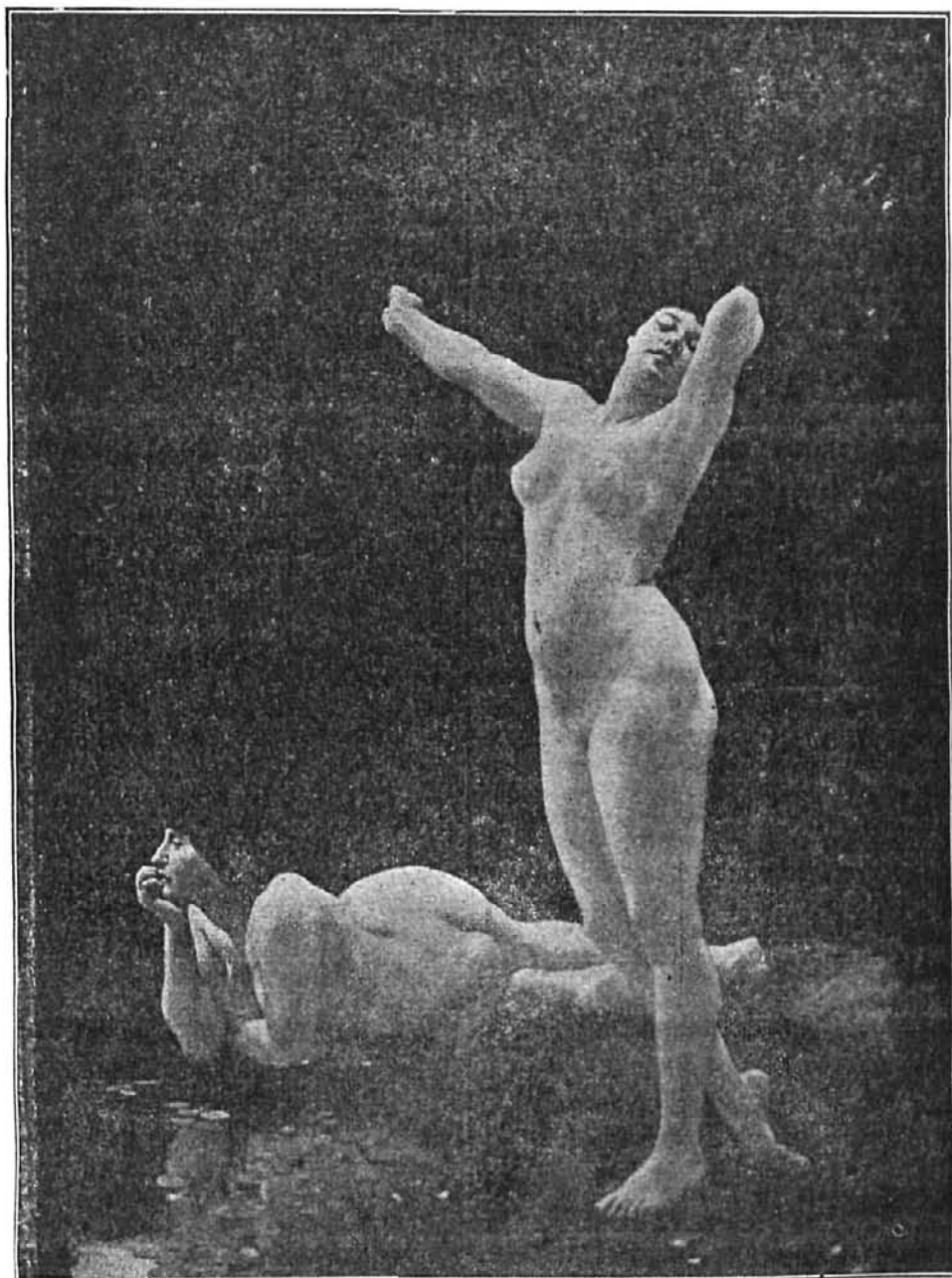
En verdad que es preciso ser renco de imaginación y manco de entendimiento, para no admirar la inagotable inventiva de aquella religión gentilica que, hallando el cielo angosto para sus creaciones, salpicó también la tierra de divinidades, poblando de Ecos las reconditeces de los bosques, y de Ciclopes las entrañas del mundo, y de Ninfas las márgenes de los arroyos y las profundidades del mar.

Según la mitología homérica, las Ninfas eran hijas de Júpiter, y los escritores posteriores al cantor de Troya, las consideraban como personificaciones de ciertas fuerzas naturales y, principalmente, del elemento húmedo. Los eruditos no determinan el número que hubo de Ninfas; según Herodoto, que las supone una vida de algunos miles de años, no bajaron de 3.000.

Las Ninfas estaban divididas en varias clases y subclases. Las Nereidas, que, según los mitólogos más autorizados, vivían con su padre en el fondo de los lagos, empleándose en la filantrópica misión de salvar a los naufragos; las Potámidas, ó Ninfas de los ríos, las Náyades, de verdes pupilas, habitadoras de las aguas dulces; las Oceánidas, y otras varias. Las Ninfas de las montañas se llamaban, generalmente, Oréadas, y se subdividían en Citerónidas, que gozaban del don profético, las Coricias, Napeas, etcétera, etc.

Las Ninfas, como todas las mujeres de la mitología, vivían en perpetua primavera y en perdurable belleza, y se las representaba por jóvenes desnudas, blancuquitas, esbeltas, con pechos firmes y caderas con lasseivas pomposidades de ánfora griega.

El cuadro de Barrett Browning representa a las Ninfas en una de las horas más deliciosas del campo; la hora de la siesta, del *dolce farniente*.... Apesar de la sencillez de la composición, palpita en el cuadro algo real que subyuga inmediatamente; porque en el lienzo de Barrett Browning hay mujeres, y las mujeres son las sumas pontífices de la pereza y del amor.



DOLCE FARNIENTE, POR BARRETT. (Museo del Luxemburgo.)



Dada la índole galante de este periódico y la sección que tengo á mi cargo, tropiezo con no pocas dificultades para hermanar la parte filosófica de nuestro programa con la amena literatura, y ofrecer algunos granos de ciencia con ropaje adecuado y de modo que el amable lector encuentre en nuestros artículos grato esparcimiento y honesta delectación; que la filosofía, servida en pequeñas dosis, enseña y distrae, y prodigada es ciencia difícil que pronto aturde y empacha.

Por eso, en las crónicas que llevo escritas y en las que pienso seguir escribiendo, ni he llevado ni seguiré tampoco plan ni forma determinada, si no que unas veces emplearé el procedimiento narrativo y otras el expositivo ó el anecdótico, según el asunto que vaya á tratar: lo único que dará unidad y cohesión firmísimas á estos artículos será el espíritu que los informa; y de esto me hallo bien seguro, puesto que siempre escribo lo que siento y mis años y mi experiencia de la vida garantizan, ante mi propia conciencia, la inalterabilidad y solidez de mis sentimientos.

* *

Hace algunos años que negocios y belenes enojosos me forzaron á trasladarme á París: en aquel viaje me acompañaba un maestro albañil tan inteligente y tan práctico en los secretos de su oficio, que bien podía pasar por arquitecto aventajado, y que emigraba á Francia sin otro propósito que el de correr mundo y sumar aventuras.

En la primera estación en que el tren se detuvo, subieron á nuestro coche dos religiosas: una de ellas jamona, pero ágil y hermosa; la otra pequeña y vieja, con ese semblante paliducho y flácido de las personas que viven á la sombra: como en el departamento que ocupábamos había varios viajeros, las recién llegadas se acomodaron donde pudieron; yo iba junto á una de las ventanillas, y la más anciana de las religiosas se sentó en el banco opuesto, delante de mí.

Al principio, la conversación fué desmañada y lánguida; luego todos nos fuimos animando, y la Hermana vecina mía, que gustaba mucho de hablar y era conversadora infatigable y de recursos, fué la primera en prender la hebra conmigo.

—¿Va usted muy lejos?—preguntó.

—Sí, hermana; á París....

—¡Cómo, tan lejos!.... ¡Solo! Vaya, vaya.... ¡Y tan joven!....

Entonces tenía yo treinta años. Aquello nos sirvió de base para una conversación que bien pronto se convirtió en discusión grata y sabrosa. Hablamos largamente: yo la describí con toda la minuciosidad y colorido de que fui capaz, algo de lo mucho notable que había visto en mis viajes, y como hube de deslizar inconscientemente palabras harto profanas y tal vez mortificantes para el alambicado criterio de la persona

á quien iban dirigidas, la religiosa no pudo abstenerse de reprimir las intemperancias de mi narración; precisamente cuando más entusiasmado estaba yo confesando mi afición á viajar, á recibir impresiones nuevas, á gozar de la juventud y de la vida....

—¡La vida!—exclamó la Hermana con celosa exaltación;—¿sabe usted, acaso, lo qué es la vida para amarla tanto?.... El mundo es una pesadilla preñada de espejismos embusteros que sirven para descarriarnos seduciéndonos con las añagazas del placer; y esa juventud, cuyas excelencias usted pondera, es también un ensueño del que despertamos en los umbrales de la vejez, cuando apenas podemos de arrepentirnos de los pecados cometidos.

Yo la escuchaba atentamente, encontrando que había una esperanza y un anhelo solemnes en el corazón de aquella mujer que renunció al mundo para pensar en el cielo.

—Usted es joven—continuó—usted ha estudiado, es discreto y sabe servirse de sus ojos.... Acostúmbrase á ver *lo que no se ve*; quiero decir, lo que vive oculto en el fondo de las cosas, lo ultramundano, á Dios, en fin... Obras suyas son el cielo que nos cobija, el sol que nos calienta; y hasta los mismos dolores son medios que nos ofrece para depurar nuestra alma de todo pecado.... ¿No ha pensado usted nunca en morir? Pues hace usted mal, porque aquí estamos de paso y la vida solo es el prefacio luminoso de la muerte....

Hablamos mucho, desflorando en poco tiempo las cuestiones más abstrusas de la teología: después, un poco fatigado, quise cortar la plática confesándola una idea en la cual, si he de decir verdad, he pensado varias veces.

—Las observaciones de usted son muy atinadas—repuse—y es posible que más adelante, cuando esté algo más cansado, renuncie al mundo para retirarme á un convento.

Desde luego comprendí que mi propósito la había causado buena impresión, pero ella no se dió por satisfecha y zurció la discusión alegando nuevas razones.

—Ese deseo es muy noble—dijo—pero conviene que lo ejecute usted cuanto antes: lo que nada cuesta vale poco, y ¿qué mérito tendría que renunciase usted al mundo cuando ya, por efecto de la vejez ó de los achaques, no quisiera usted saber de él?....

—Sin embargo—repliqué—yo podría citar nombres de varones insignes que fueron en sus mocedades jóvenes dados á todas las locuras, y que luego se arrepintieron y aún lograron escalar los primeros puestos de la Iglesia, consagrandolo á la meditación y al estudio las energías que antes derrocharon en mundanales divertimientos; y en apoyo de mi aserto están San Pablo, San Agustín, San Francisco de Borja y otros muchos cuyo glorioso recuerdo vive en la memoria de todos....

Pero la religiosa parecía decidida á no callar sin antes convencerme, y tanto habló y con tal acierto, que también yo sentí la comezón, si no de persuadirla, de derrotarla al menos.

—Si amando á la Naturaleza honramos á Dios—dije—si no hay inconveniente en que las flores y los pájaros nos gusten, ¿qué asomo de impureza puede haber en que amemos á la mujer, dije preciosísimo de la creación?

—¡Eso no!—exclamó con vehemencia;—porque la mujer es pecado, es lujuria.... ¡la mujer no es obra de Dios!

—¿Cómo!... ¿Es posible que nuestras madres, nuestras hijas, aquellas que nos llevaron en sus entrañas y las inocentes que tienen en su cuerpo la esencia de

LIANA DE POUGI



Contrastando con la vida turbulenta de Cleo de Merode, la célebre bailarina del teatro de la Gran Opera; de las Derval, de Lisa Fleuron y de otras muchas princesas del mundo galante de París, está Liana de Pougé; joven, melancólica, retirada prematuramente de los deleites mundanales, y cuya figura aparece á los ojos curiosos del público, envuelta en las poéticas gasas de una leyenda romántica.

Hace algunos años Liana de Pougé era famosa por su belleza, por sus aficiones artísticas y por sus amoríos. De noche solía ir al *Chat-Noir*, y también frecuentaba las tertulias de aquel ilustre bohemio que se llamó Paul Verlaine y de otros literatos; y todos la estimaban, porque era mujer que sabía hablar discretamente.

Pero, en medio de sus disipaciones, resistiendo los delirantes cascabeleos de la orgía, como idolo santo que nada abate ni oscurece, había un hombre, un hombre extraño al que nadie llegó á conocer, y á quien Liana de Pougé consagró las febriles intemperancias de su alma ardiente; y para él, seguramente, fueron las primicias de su adorable virginidad, sus abrazos más apasionados, sus besos más puros.... Liana no se cuidaba de disimular aquellos amoríos, y aunque nadie pudo sorprenderla nunca con él, todos, aún sus mismos amantes oficiales, sabían que había un rival obscuro, anodino, que esclavizaba á Liana de Pougé desde el misterio.

De pronto, Liana desapareció de París y no faltó quien averiguase que su verdadero amante, el amante de su alma, había muerto, llevándose al sepulcro el novelesco secreto de su amor; después los periódicos publicaron la noticia de que la hermosa hetaera había intentado suicidarse....

Cuando Liana de Pougé regresó á París estaba transfigurada: el óvalo de su rostro era más acentuado, sus mejillas habían palidecido, su cuerpo tenía más esbeltez, más tristeza su frente, sus ojos más profundidad; y la alegre pecadora de antaño parecía embellecida y como purificada por el dolor. Nadie le preguntó acerca de las causas que motivaron su temporal alejamiento, ni ella explicó tampoco los pormenores de aquella tragedia de su vida, pero desde entonces lleva una existencia metódica y obscura, de mujer arrepentida.

El año pasado publicó *Lo imposible*, una novela que alcanzó gran éxito, una historia de amor; la historia de sus amores, tal vez, con aquel hombre adorado cuyo nombre no ha querido confiar á nadie.

Apesar de su retraimiento, la sociedad galante de París que bebió y rió con ella, no la ha olvidado, y todavía vuelve la cabeza cuando la ve pasar á lo largo de los *boulevares* en un coche arrastrado por dos magníficos caballos negros; vestida de luto, inconsolable, como un símbolo viviente de la hembra culpable y arrepentida, y orlada por ese melancólico hechizo con que el Destino envuelve á los amantes que sufrieron mucho....

nuestra sangre, sean hijas del Diablo?... ¿Y es una mujer la que me lo dice?...

Desde aquel momento la victoria se inclinó de mi parte; hablé mucho, ese lenguaje llano que se siente y no se aprende en los libros; y hablé apasionadamente, porque yo también tengo mis creencias y mis fanatismos.

—Usted, antes que religiosa, ha sido mujer—exclamé—usted tuvo todas las bellezas y todas las ternuras de su sexo, y quizá sintió también en el amanecer de su juventud esa vaga inquietud de los corazones ardientes que van á despertar....

Ella quiso protestar; luego, insensiblemente, fué deponiendo su actitud batalladora y rindiéndose humildemente al halago de mis palabras, mientras sus ojos escudriñaban las lejanías del horizonte entristecido por las primeras sombras del crepúsculo. Nunca podré olvidar la expresión de aquel rostro rugoso y pálido que lanzaba sobre los campos fugitivos una triste mirada de despedida, mientras el cuerpo permanecía inmóvil, aletargado, como escuchando la voz acusadora de la conciencia que en momentos tales la exigía cuenta estrecha de los placeres despreciados, de las horas perdidas.

Nadie puede calcular el número de cataclismos que ocurrieron en los profundos de aquel espíritu que quizá perdió en un instante su fe irreflexiva de muchos años; y aunque no hablaba yo presentía que en su interior se libraba uno de esos combates sordos que encandecen los cabellos y acuchillan la frente.

Cuando llegó á la estación término de su viaje, se

asomó por la ventanilla y yo aproveché aquel momento para murmurar en su oído:

—¿Hermana, es cierto que debemos gozar de la vida y no sacrificar las venturas del presente al sosiego del mañana? ¿Es cierto que el amor es el supremo destello que de su infinito poder y de su inagotable bondad puso Dios en el mundo?....

Mírome de hito en hito con la mansedumbre de la víctima que marcha resignada al sacrificio, y contestó envolviendo su respuesta en un suspiro:

—¡Quién sabe!.... ¡Tal vez!....

Juan de MAÑARA

A.... UNA

No es tu mirada, donde el fuego brilla que va disuelto por tu sangre loca, la causa que á gozarte me provoca y ante tu carne espléndida me humilla; no es el pliegue que forman en su orilla, al reir, los extremos de tu boca, ni el vello suave que tus sienes toca y se encrespa al rozar con tu mejilla. Es tu nariz, de línea descuidada, de corte audaz, de artístico remate, que agitas al sentir las oleadas de la pasión, como el caballo bate su rojo collar de fosas dilatadas al aspirar el humo del combate.

Joaquín DICENTA

HUMORADA

Hay Cresos que con ansia desmedida gastan la vida en apilar dinero, sin calcular primero que el oro vale menos que la vida.

CAMPOAMOR

Fantasia infernal

Las hogueras del Infierno de mujeres son formadas: de las morenas, el humo, y de las rubias, las llamas.

Satán es una creación portentosa, ciudadana de todos los países y contemporánea de todos los pueblos: comparadas con él las demás concepciones del arte parecen pequeñas, porque Satán reúne a la ambición que encadenó a Prometeo en las cimas del Cáucaso, la hermosura de Apolo, y los arrestos de Aquiles; ha tenido más metamorfosis que Proteo, más encarnaciones que Vishnú, más adoradores que el Sol; y las raposerías de Mercurio, la ciencia de Merlin y la gentileza de Fausto son insignificantes comparadas con la refinada truhanería, el vastísimo saber y la arquetipa hermosura varonil de Satán, el príncipe inmortal de las tinieblas....

Satán es imperecedero y cosmopolita: ha vivido en India, en Egipto, en Roma; vive aún, vivirá siempre...

Su poderío, no obstante, ha sufrido muchas alternativas de prosperidad y decaimiento, y sus dominios numerosas añadiduras, cercenes, raspaduras y pellizcos; y El, que triunfó entre los israelitas con David, en Babilonia con Semíramis, en Asiria con Milita, con Aspasia y Epicuro en Grecia y con Cleopatra en Egipto, vino a encontrarse tras muchos vaivenes, cismas, luchas religiosas, y otros tropezones que fueran de intempestiva y aburrida enumeración, tan empobrecido y quebrantado, que nadie hubiese podido reconocerle en el lacio, triste y muy para poco monarca que vagaba sin consuelo por las tenebrosas profundidades de su imperio allá en los albores de nuestra Era.

El ascetismo cristiano, cobrando autoridad y prestigio del estoicismo latino, iba apoderándose de las conciencias; la obra que comenzó la espada flamígera de San Miguel la completaba el Crucificado, y tras una defensa desesperada Satán comprendió que el cetro del mundo caía de sus manos, que el número de espíritus precitos disminuía y que no estaba lejos el temeroso día en que las hogueras infernales se apagasen faltas de combustible....

Y entonces se dió a discurrir en el medio más rápido y seguro de reconquistar su preclaro y temible valimiento de antaño....

*
*
*

Hacia más de un siglo que el Diablo estaba encerrado en su laboratorio buscando el modo de atajar la serie de descalabros y malandanzas que se le venían encima.

Sentado en un butacón canongil de elevado respaldar, Satanás meditaba, meditaba.... poniendo en su atención una fuerza que la misma eternidad no hubiera sido capaz de empequeñecer. Estaba en un vasto salón cuyas paredes aparecían cubiertas por grandes armarios en los que había redomas herméticamente cerradas, frascos guardadores de substancias y gérmenes de vicios misteriosos, y otras muchas engundias y ungüentos de imposible clasificación; en un ángulo de la habitación había un alambique enorme, lamido por las llamas de un fuego eterno: el suelo era de granito, el techo muy alto y renegrido por el humo; á través de una ventana penetraban torrentes de luz rojiza que derramaban reflejos fatídicos de incendio sobre las armas y los objetos de acero repujado que adornaban la parte superior de las anaquelarias: en medio del laboratorio y justamente encima del sillón que Satanás ocupaba, había una gigantesca araña formada con huesos humanos que se columpiaba suavemente en el vacío, majestuosa, siniestra, imperturbable, como el péndulo del reloj de la Muerte.

Con una pierna cruzada sobre la otra, el cuerpo apoltornado en el fondo del sillón, la barbilla apoyada sobre el pecho y el entrecejo violentamente contraído, Satán meditaba persiguiendo una idea que había pasado por su cerebro con un vuelo inseguro y rapidísimo de golondrina loca. Dentro de la habitación, los líquidos que hervían en el alambique murmuraban sordamente; fuera, alegrando las tenebrosas lejanías del Abismo, resonaban los gritos de un puñado de demonios de buen humor que bailaban alrededor de una hoguera, blasfemando y bebiendo sendos jarros de vino infernal....

Y entre tanto Satán discurría en el modo de rehabilitarse, reconquistando su poder mundano y re-



animando las hogueras infernales con nuevos espíritus de réprobos. ¿Qué sería de él cuando la humanidad empecatada renegase de sus errores y la última hoguera del Infierno se extinguiese falta de combustible, y el Abismo quedase anegado en un mar de tinieblas heladas?... Y ante la posibilidad de ver realizado aquel presentimiento espantoso, temblaba de pavor, pareciéndole que la Eternidad le oprimía las sienes con un casco de hielo.

De pronto, su imaginación se iluminó y vió claro. ¡La belleza, la mujer!.... Allí estaba la salvación de su ruinoso poderío; *ellas* le habían sostenido en muchas situaciones difíciles, merced á ellas triunfó de polo á polo, en Asiria, en Grecia, en Roma, en Cartago. ¡El amor, el único sentimiento capaz de lidiar ventajosamente contra el estéril ascetismo de la Cruz, la única pasión que oscurece y deslustra los purísimos deliquios del Eden prometido!....

Por el rostro expresivo, enjuto y bronceado de Satán pasó un ramalazo de placer insano; sus ojos resplandecieron y una sonrisa jugueteó en sus labios. El problema estaba resuelto; la mujer aseguraría su imperio en el mundo y aumentaría indefinidamente el combustible de las hogueras infernales; sí, la mujer que tantas veces le sostuvo y aupó, le salvaría una vez más.... Y Satán se levantó presuroso, deseando reconquistar el tiempo perdido, y se puso á fabricar aquella mujer de cuyo cuerpo dependía la salvación del Abismo.

Con celo infatigable trabajó en su obra noche y día, aumentando ciertas curvas, puliendo asperezas, limando angulosidades, redondeando las líneas demasiado duras; y de los inmensos almacenes en que guardaba los miembros de que el cuerpo humano se compone, sacó las narices más correctas, las bocas más dulces, los ojos más grandes y de más lánguido y voluptuoso mirar, y las carnes de más refinada morbidez; porque aquella mujer satánica había de tener toda la hermosura, el ingenio, la gracia pecadora, las enloquecedoras retrecherías y los selváticos ardimientos de las diosas paganas. En ella empleó Satán las joyas más preciosas y los metales, las flores, las fragancias y los ungüentos más extraordinarios de la química infernal; puso nieve en su frente y en su garganta, azabache en la trenza de sus cabellos, reflejos de esmeralda en sus pupilas, rubíes en sus labios; y amasó sus carnes con pétalos de azahar, leche, miel, almizcle, púrpura y otros elementos de gran calidad y regalado sabor.

Además, siendo como es el Diablo conocedor peritísimo de las flaquezas humanas y de lo que más gusta al hombre, puso en su obra cuanto hay de más afrodisíaco: la frente era pequeña, los ojos magníficos y serenos, la nariz ardiente y los labios sensuales; el talle, de formas venusinas, se estrechaba en la cintura y luego se ensanchaba violentamente modelando unas caderas de impecable contorno; y así fué deteniéndose en todos los pormenores, pintando lunares, limando huesos, corrigiendo perfiles y retocando lo hecho hasta terminar la escultura más per-



fecta que pudo soñar el más fantaseador de los morfomanos.

La estatua estaba concluída, y solo faltaba inspirarla el soplo vital, dotándola de un espíritu, de un carácter. Entonces Satán puso en ella los encantos de la palabra, los arrebatos tempestuosos de la pasión que fustiga la carne con latigazos de lujuria y rebrinquettea á lo largo de los nervios, y algunos gramos de indiferencia, de volubilidad y de ingratitud; y seguidamente

Las mujeres



DE TELÓN AFUERA.



DE TELÓN ADENTRO.

hizo otra mujer con el mismo carácter y los mismos incentivos, pero rubia, con ojos admirables para fabricación de los cuales tuvo que robar un poco de azul á los cielos.

Aquellas dos mujeres serían las terribles sacerdotisas del deleite: estaban formadas para la orgía, no para la maternidad; caprichosas, antojadizas, casquivanas, ardientes é ingratas; las terribles mujeres que quieren y olvidan, que aman á todos y no se dejan esclavizar por nadie; los demonios con rostro angelical que arman el brazo de los suicidas y llenan de víctimas los manicomios....

Satán las contempló embebecido, recreándose en aquellas hijas que tenían sus mismos ojos, su mismo espíritu irresistible y gaitero, su misma sonrisa mefistofélica, flechadora y sarcástica: después las besó en los labios, con lo cual puso en ellos todo el venenoso ardimiento del infierno, y las lanzó al mundo, envueltas en un rayo de luna.

Hijas de aquellas mujeres son las que desde entonces corren por el mundo para desesperación y regocijo nuestro, pregonando el amor á la vida y desvirtuando las hueras peroratas que en pro de la castidad y del retraimiento ascéticos predicán los Alcestes contemporáneos.

El Diablo triunfa; el Amor rige en el mundo como tirano omnipotente, la humanidad se prosterna de hinojos ante la carne todopoderosa y la Mujer, como la Muerte, no reconoce edades, ni fronteras, ni condi-

ción; príncipes y vasallos, nobles y plebeyos, todos son esclavos de su poderío y por Ella renuncian á lo más grande, á lo más santo....

•Por una mirada, un mundo;
por una sonrisa, un cielo»....

La mujer es el supremo estimulante del hombre, y puede tenerse por cierto que si Mahoma no hubiese tenido la precaución de poblar de huries el Paraíso que promete el Korán, el Califato de Córdoba no hubiera existido.

Eduardo ZAMACOIS.

(Dibujos de Guérin.)

CANTARES

Tienes una cinturita
que anoche te la medi,
con vara y media de cinta
catorce vueltas te di.

Aquel clavel blanco y rojo
que mi amor me regaló,
no fué clavel, que fué un clavo
que me clavó el corazón.

Al llegar á casa,
cómo ha conocido
la maresita que me quiere tanto
que estuve contigo!

Los sabios para consejos,
los curas para sermones;
y los ojos de mi niña
para dar cavilaciones.

codicia es la Celestina que más persuade y conmueve el corazón de las pecadoras.

*
**

Montmartre viene á ser en París, lo que El Compás en Sevilla, La Caleta en Cádiz, ó Zocodover en Toledo. Allí vive toda esa juventud consagrada al cultivo del arte: escritores de la extrema izquierda, discípulos de Mallarmé y de Verlaine, escultores, arquitectos y algunos pintores que ya tienen cuadros en el Luxemburgo y son la nata y flor del arte francés; y también muchas heteras de rango, algo contaminadas por las costumbres y la bohemia de los *intelectuales*, y que vagan de estudio en estudio sirviendo, si el caso llega, de modelo; más de una mujer galante es popular porque puso para un pintor de mérito;

to; y más de un pintor debe su celebridad y encumbramiento á la mujer en que se inspiró para sus cuadros.

DESDE
PARIS



¡Llueve!...

Hace más de ocho días que las nubes exprimen sobre la gran ciudad torrentes de agua, y únicamente de tarde en tarde el sol envía sobre el suelo encenagado un rayo de luz amarillenta: son días tristes, húmedos, envueltos en una incierta claridad espectral que les asemeja, como decía el inolvidable Alfonso Daudet, «á una perla sucia»....

Y, sin embargo, la gente no se contiene y corretea por las calles como si estuviésemos en los días más bonancibles de la primavera; ellos á sus negocios, ellas á su placer.

¿Llueve?... ¿Qué importa, cuando la lluvia es un pretexto para que las mujeres se recojan las faldas sin grave desdoro de su femenino recato y tengan en esta precaución de coquetona limpieza, un poderoso cebo de miradas y de deseos?

¿Llueve?... ¡Mejor! La lluvia, como el sol, es enemiga acérrima de la virtud.

En estos días los *boulevares* son teatros de numerosos encuentros que forman el capítulo primero de muchas novelas amorosas.

Las mujeres, acosadas por el mal tiempo, se refugian en los portales, ó se detienen delante de las joyerías, y entonces los conquistadores de oficio las abordan, valiéndose de cualquier pretexto.

Ellas sonríen galantemente tras el velillo de su sombrerito redondo, mientras sus ojos escrutan los escaparates de las joyerías; allí, en aquellas sortijas y en aquellos aderezos que brillan sobre un trozo de terciopelo negro iluminados por la blanca luz de los focos eléctricos, está la tentación, la fuerza irresistible que empuja al pecado; la que hizo que Dánae se rindiese á Júpiter, convertido en lluvia de oro.... Porque la



Ahora se habla mucho en los cafés de Montmartre de las causas que han obligado á la célebre cantarina Ivette Guilbert á salir del *Moulin Rouge*.

¿Por qué?

Ciertamente Ivette Guilbert no es muy hermosa, pero nadie ha podido imitar la picante intención con que canta y baila la antigua estrella de Olympia y del *Eden Concert*.

En substitución de Ivette ha entrado á formar parte de la compañía del *Moulin Rouge*, la gentil Margarita Ranel que fué, durante mucho tiempo, el ídolo del público de los arrabales. Noches pasadas fuimos á verla y declaramos sinceramente que la Guilbert ha encontrado en Margarita Ranel una temible competidora. Cocó, como la llaman habitualmente sus íntimas, es joven, guapa, y sabe poner pimienta y mala intención en todo lo que dice y hace. La vergüenza es un estorbo contra el cual Margarita no tiene que luchar: irá lejos.

Al teatro me acompañó un suizo recién llegado á París, muchacho sanote que de todo se admira, y que tenía vivísimos deseos de ver el *Moulin Rouge*, esa especie de templo del dios Momo en que se doctoran de calaveras todos los barbilindos de veinte años.

El *Moulin Rouge*, (así llamado por el molino de cuatro aspas rojas que voltea continuamente sobre la fachada del edificio), es un teatro en el cual puede cenarse durante la representación y bailar en los entreactos; de modo que ofrece un carácter mixto de teatro, de café concierto y de baile público.

Después de una pantomima bufa que hizo desternillar de risa á la concurrencia y de un sainetón representado con gran lujo de trajes, profusión de luces y exhibición de desnudos, apareció Margarita Ranel, la heroína de la noche.... Redonda de aparejo, tacaña de estatura, pero esbelta, retrechera y picante como el mismísimo pecado. Llevaba una falda corta que dejaba al descubierto sus piernas mórvidas y firmes de bailarina; el seno descubierto, sin otro adorno que un collar de perlas, y la negra cabellera adornada con una media luna de brillantes.

El público la recibió con una salva atronadora de aplausos; ella saludó sonriendo graciosamente y empezó á cantar cierta tonadilla que ahora está muy en boga y que siempre termina con un estribillo que parece escrito expresamente para la traviesa y diminuta Ranel:

...¡Oh, c'est épatante
cette p'tite femme là,
c'est phénoménal
l'instruction qu'elle a....

La música popular francesa es una música canallasca, con atrevimientos y cadencias lúbricas; frívola, huérfana de originalidad y de pasión, y que produce en el ánimo una sobreexcitación semejante á la del *champagne*. Margarita Ranel cantó muy bien luego, cuando repitiendo el estribillo final llegó á decir aquello de:

....C'est phénoménal
l'instruction qu'elle a,
pour les langues vivantes
etceterá....

Y miró al público provocativamente mientras sacaba la lengua como para humedecerse los labios, el entusiasmo de los espectadores llegó á su apogeo.

—¡C'est drôle, c'est drôle!—murmuraba mi suizo, que se había enterado harto bien de la pecaminosa intención de aquel *calembour* de gestos y de palabras.

La representación terminó á las doce, y enseguida los acomodadores empezaron á preparar el salón para el baile.

La sala del *Moulin Rouge* es un vasto local profusamente iluminado, confortable y rodeado de palcos con mesas preparadas para cenar. La orquesta ejecutaba un paso doble y los espectadores paseaban lentamente, describiendo un círculo. Las mujeres estaban en mayoría: iban en grupos, trabadas del brazo, charlando y riendo á carcajadas; elegantonas, con ricos vestidos de seda y grandes sombreros encarnados ó negros adornados con lazos y llamativas plumas blancas; otras iban solas, titubeando las caderas y dejando tras sí un intenso olor á perfumes: algunas se acercaban á los hombres que parecían más accesibles, rogándoles que las convidasen. Era un murmullo ensordecedor de conversaciones, de risas y de gritos lascivos de mujer á quien se hace cosquillas; y la misma pregunta repetida una vez, diez, ciento, con la mareante insistencia del mendigo que pide limosna:

—Oiga usted, caballero; ¿me paga usted un bock?....

De pronto, algunas parejas empezaron á bailar, abriéndose paso por entre los concurrentes que se retiraban presurosos para no estorbar; y enseguida cuatro de aquellas mujeres que momentos antes habían estado paseando por allí como simples espectadoras, se pu-



sieron á bailar el *cancán*: ese baile escandaloso que consiste en levantar las piernas lo más posible.

Las bailarinas se recogieron las faldas con ambas manos y avanzaban y retrocedían dando al aire gallardos puntapiés y marcando el compás de la música con recios taconazos. El público se había agrupado para verlas de cerca, formando un círculo.

Conforme el tiempo pasaba, el desenfreno crecía; ya eran varios los puntos en que se bailaba el *cancán*, y las danzarinas se movían enloquecidas, echando sobre sus hombros sus enaguas bordadas y luciendo sus pantalones.... cosidos prudentemente para no enseñar secretos que la costumbre exige tener pudorosamente velados.

Ni la pluma ni el pincel de más recursos pueden expresar lo que es el famoso *Moulin Rouge* en noche de baile. Unas mujeres, sin cuidarse de su sombrero, se arrodillaban en el suelo para dar vueltas de campana; otras se agitaban en convulsiones locas y luego se dejaban caer á plomo, sentándose sobre la alfombra con las piernas abiertas; otras, en fin, levantaban las suyas, hasta tocarse la cabeza con el pie, animadas por los requiebros y los aplausos de los hombres, que las ayudaban á formar grupos caprichosos, y que se sentaban en el suelo para verlas mejor. Aquello era la apoteosis de la carne, el triunfo del vicio más impudente y refinado....

Las mejillas del suizo se habían arrebolado y cuando salimos á la calle el inocente muchacho repetía:

—¡Oh, c' est drôle, très drôle!....

—¿Qué quiere usted?—repuse envolviéndome en mi capa, (prenda á la cual no puede renunciar ningún español friolero); París es así: alegre, despreocupado; esta es la tierra de la libertad, y si vive usted aquí mucho tiempo,—añadí recordando un verso del Teneo, verá usted de estos lances,

«lo menos seis por semana»....

Un BOULEVARDIER

París, 20 Noviembre.

RÁPIDA

CONFESIONES

....Declaro que las mujeres casadas tienen para mí mediano atractivo. Hay en sus relaciones amorosas una confusión que me subleva; no puedo sufrir esa idea de reparto. La mujer que tiene un marido y un amante es prostituta para el uno, y á veces para los dos: además, yo no podría consentir en ceder mi plaza á otro; mi natural orgullo no podría plegarse á tal rebajamiento. Nunca me iré porque llegues otro hombre, aunque por ello se viese perdida y comprometida la mujer; así tuviésemos que batirnos abrazados y á cuchilladas. Las escaleras secretas, los armarios, los gabinetes y todos los secretos del adulterio tienen para mí muy poco atractivo.

Tampoco me enamora lo que se llama candor virginal, inocencia de la edad primera, pureza de corazón y otras cosas encantadoras que gustan mucho puestas en verso: yo llamo sencillamente á todo eso necesidad, ignorancia, imbecilidad ó hipocresía. Ese candor virginal que consiste en sentarse al borde de la silla, con los brazos pegados al cuerpo, la mirada baja y en solo hablar con permiso de los padres; esa inocencia que ha monopolizado el uso de cabellos lacios y de trajes blancos; esa pureza de corazón que lleva vestidos descotados porque todavía no tiene pechos ni morbidez de espaldas, no me parece en verdad un guisado apetitoso.

No me cuido de hacer deletrear el alfabeto del amor á semejantes tonas, ni soy tan viejo ni tan corrompido para encontrar placer en ello; además no tendría éxito, porque nunca he sabido enseñar nada á nadie, ni aún lo que mejor sabía. Prefiero las mujeres que leen de corrido: así se llega antes al fin del capítulo; y en todas las cosas, y sobre todo en amor, á lo que hay que atender es al fin. Me parece bastante en esto á las personas que empiezan á leer la novela por el final, enterándose primero del desenlace, sin perjuicio de retroceder después hasta comenzar la primera página. Este modo de leer y amar tiene su encanto; saboreándose mejor los detalles cuando se está tranquilo respecto al fin, y el retroceso trae el placer de lo imprevisto.

Teófilo GAUTIER

AMOROSAS

Mi morena es cosa buena,
eso á nadie se le oculta;
pero ¡qué diantre! resulta
siempre la misma morena....

Con cebo de brillantes
los hombres ricos te pescaban antes.
¡Hoy buscas y no encuentras, de seguro,
quien ponga en el anzuelo medio duro!

Sinesio DELGADO

Cuentos ajenos

LLUVIA Á MEDIA NOCHE

No soy responsable de que esta verídica historia empiece como otras muchas que os he referido. La comedia humana se reduce á repeticiones inacabables, con sus tres actos reglamentarios, y el telón se levanta para descubrir decoraciones hartas conocidas.

Es media noche y estamos en Carcassonne, en casa del Mayor Bellawine, á quien sus compañeros de armas llaman el *cocumandan*. Su mujer se llama Olimpia y el amante—el mejor amigo de Bellawine—Leopoldo. ¡Qué queréis!.... No todos los seductores han de llamarse Arturos....

Veán ahora, amigos míos, á lo que se expone un Mayor de los más simpáticos, por irse á charlar con sus colegas en vez de cuidar el honor del hogar doméstico.

....Aquella noche había recepción militar, y las noches de recepción Mr. Bellawine nunca regresaba á su casa antes de las seis de la mañana.

Eran ya las doce y hacía más de dos horas que Olimpia y Leopoldo estaban juntos en la habitación más íntima.... De pronto, ¡crac, crac! suena una llave en la cerradura de la puerta y seguidamente resuenan los pasos del Mayor, cuyas espuelas se arrastran bulliciosamente sobre el pavimento.

La fuga era imposible. Todo lo que pudo hacer Leopoldo fué refugiarse en el cuarto de baño, inmediatamente á la alcoba. En un rincón había un aparato hidroterápico, con su baño de cinc en la parte inferior y un cilindro rodeado por una cortina que permitía disfrutar tranquilamente y sin temor á miradas indiscretas, de los austeros placeres de la ducha. Leopoldo no vaciló, y arrojando su ropa debajo de un sillón entró en el baño, corriendo la cortinilla protectora.

Durante este tiempo Olimpia había apagado la luz, y fingía dormir profundamente.

* * *

El Mayor Bellawine traía un genio endemoniado. La recepción le costó muy cara; había perdido en una hora cinco partidas de dominó. Aquello era inaguantable y por eso volvía tan temprano, bien ageno de que iba á proporcionar un disgusto mayúsculo á su mujer y á su mejor amigo.

El comandante se desnudó sin decir palabra, arrojó á un rincón sus botas de montar, observó el cielo asomándose á una ventana y entró temblando de frío en el cuarto de baño. Durante algunos momentos miró al aparato hidroterápico, frotándose el cuerpo nerviosamente y con intenciones de darse una ducha para entrar en reacción. Leopoldo estaba yerto de espanto.... ¡Oh! ¡Si el Mayor descorre la cortina!.... ¡Vano terror! Bellawine se contentó con vaciar cuatro jarros de agua en el receptáculo superior para la ducha matutina. Después se frotó el cuerpo con un ungüento oriental maravilloso que él mismo había traído de Africa y que servía para quitar el frío, y volviendo á su alcoba

se acostó silenciosamente. Minutos después roncaba como un santo, ejecutando una sinfonía magistral.

* *

Entretanto, Leopoldo, que ya no podía sostenerse de pié, añadió á las anteriores una nueva imprudencia. Al querer cambiar de actitud apoyó un pequeño resorte y una lluvia fina y helada comenzó á resbalar por su cabeza y sus espaldas. Como la obscuridad era completa no daba con el maldito resorte y el agua seguía cayendo, continua, implacable, á pesar de todos sus esfuerzos. Aquella ducha cruel le hacía dar diente con diente.... ¡suplicio abominable que acabaría con el pobre galán si se prolongaba un cuarto de hora! De repente Bellawine se despertó é incorporándose bruscamente en el lecho, gruñó con disgusto:

—¡Voto á mil bombas, y cómo llueve!

Olimpia no sabía á qué santo encomendarse y engañada también por el ruido, tuvo una inspiración.

—¡Ah, Dios mío!—exclamó;—¡he dejado las jaulas de los pájaros en medio del jardín!

Ella sabía muy bien que el *Mayor* adoraba á sus pajaritos. Los militares viejos suelen tener esas ternuras.

—Es la primera vez que te olvidas,—murmuró el *Mayor*. Y saltando del lecho se vistió un pantalón y salió apresuradamente de la habitación.

—Pronto, pronto, sálvate,—dijo Olimpia á Leopoldo entreabriendo la puerta del cuarto de baño.

Leopoldo aprovechó la invitación y salió del baño tiritando y en un estado lastimoso, mientras Olimpia repetía:—¡Pronto.... pronto, por Dios!

Leopoldo se vistió como pudo y corrió hacia la calle, rápido como una flecha; mientras Olimpia se acostaba diciendo:—¡Salvadle, Dios mío!

Pocos minutos después oyó las voces de dos hombres que subían la escalera, y en ellas reconoció distintamente la voz de su marido y la de Leopoldo.

—¡Por vida del cielo, mi querido Leopoldo!—repetía casi sollozando el excelente Bellawine;—entra, entra.... mi mujer te prestará sus auxilios.... ¡Dormirás aquí! ¡Diantre, qué desgraciado soy!

... Y Bellawine empujaba á Leopoldo hacia la habitación, en tanto que Olimpia procuraba descubrir qué podía significar todo aquello.

—Ay, esposa querida; si supieras lo que acabo de hacer!.... ¡Pobre Leopoldo, mi mejor amigo!.... Imagínate que bajo al jardín y veo que el tiempo es magnífico. Como yo estaba seguro de haber oído llover, pensé: «¡vaya, será algún borracho que ha escogido mi puerta para satisfacer una necesidad!».... Y salgo sigilosamente, deslizándome á lo largo de la verja para sorprender al delincuente; en efecto, me aproximo y veo huir á un hombre....

—Era Leopoldo—pensó Olimpia.

—Corro en su persecución—continuó Bellawine;—¡ya sabes que soy un ciervo!.... Le alcanzo y ¡cataplúm! del primer puñetazo le hago caer de cabeza en la zanjilla llena de agua que hay junto á la acera.... Me acerco más aún.... ¡y me encuentro con el pobre Leopoldo, que se retiraba de la recepción!.... ¡Ea, ea, levántate y ayúdame á hacerle entrar en calor!

Olimpia obedeció reprimiendo la risa.

—No te consiento que vuelvas á casa,—continuaba diciendo Bellawine;—¡vas á cojer un catarro! Vaya, á acostarse; aquí está nuestro lecho. Mi mujer y yo dormiremos en las butacas.

Leopoldo tuvo que resignarse. Cuando el *Mayor* le vió acostado, cogió su gabán y su *képis*, y se dispuso á salir.

—¿Dónde vas, amigo mío?—le preguntó su mujer.

—Corro en busca de un boticario,—repuso el heroico amigo;—necesito que me indique lo que debemos hacer para que entre en reacción....

Y salió presuroso, como alma que lleva el Diablo.

* *

¡Ceguedad humana! Bellawine estuvo ausente más de un cuarto de hora. Cuando regresó, ya Leopoldo, afortunadamente, no necesitaba de los cuidados del farmacéutico.

Armando SILVESTRE

MURMURACIONES

Es tan bella y distinguida la elegante Salomé, que cuando va bien vestida gusta á todo el que la vé.

Pero he oído decir, (y esto lo asegura Blas), que cuando está sin vestir.... gusta muchísimo más.

* *

—Señorita, yo no quiero ver mi honor comprometido.

Ayer tarde en la cocina me dió un abrazo su primo....

—¡Caramba! Y dí, ¿tú qué hiciste?

—Yo le dije: «¡Señorito, no gaste usted chanzas de esas, porque voy y de corrido se lo cuento á mi señora!»

—¿Y entonces él, qué te dijo?....

—Pues.... ¡que á usted también la abraza cuando no está su marido!

Eduardo GUILLAR

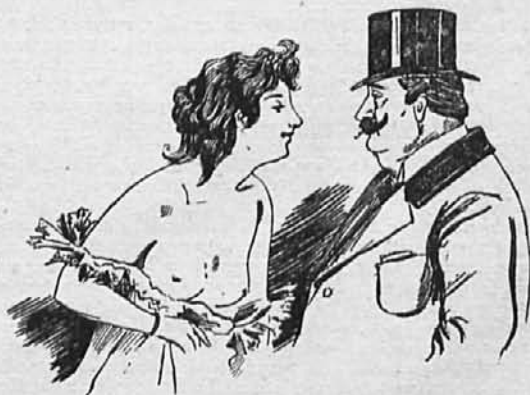
Teatros

GRANVIA.—El acontecimiento más notable de esta semana ha sido la representación de *La zarzuela nueva*, preciosa idem, idem, original de Sinesio Delgado. *La zarzuela nueva* es un drama con música, y un trozo de la realidad (de la vida entre bastidores), trazado con fuerza y seductor colorido. Hay escenas altamente dramáticas, chistes cultísimos, de oro de ley, y pensamientos hermosos, de un pesimismo abrumador, que hacen reflexionar en esas tristezas y miserias del arte que el público no ve; todo ello dicho ligeramiente, como aconseja Voltaire que se digan las cosas. Con *La zarzuela nueva* ha dado su autor una gallarda muestra de que es un pensador que sabe manejar el escálapo de la crítica con habilidad suma; y de él podría decirse, lo que algunos han dicho de Camponamor; «que es el más filósofo de los poetas y el más poeta de los filósofos.»

La interpretación de la zarzuela fué esmerada, especialmente por parte de Ruiz de Arana y de Pepe Riquelme, encargado del principal papel. Riquelme siente intensamente lo que dice y logra emocionar al público emocionándose. En esta obra el simpático actor ha demostrado una vez más sus felices facultades; Riquelme no ha llegado aún á la meta de su carrera artística: ha ido muy lejos, pero puede seguir mucho más.

ELDORADO.—Continúan representándose *El mantón de Manila*, *El santo de la Isidra* y *Pepe Gallardo*, y cosechando aplausos la señorita Fernani y Manolo Rodríguez.

Un TRASPUNTE



—¡Vaya, la cena se rociará con manzanilla.

—No.

—¿En qué quedamos?

—En que no quiero que gastes dinero en manzanilla: me lo das á mí, y en paz.



Las heteras parisinas de más fuste han acordado asistir á las aristocráticas fiestas del *Grand-Prix*, de Longchamps, adornadas con colores alusivos á los que llevan en sus libreas los cocheros de sus antiguos amantes, ó de los que ahora tienen, ó de los que procuran tener.

Son muchas las modistas de París que actualmente se emplean en este menester, y como las prisas son grandes y el tiempo escaso, raro es el obrador de importancia en que no se vela hasta muy entrada la noche.

Los pormenores de algunos de estos atavíos ya son conocidos de los Tenorios del *boulevard*. Cleo de Merode, la gentil pecadora con cara de niña, que tan principal papel ha desempeñado en muchos ruidosos enredijos galantes, llevará un traje Rembrandt, de terciopelo negro; y sobre la pechera de seda color oro viejo, lucirá una corona de marqués, que recuerda el nombre de cierto nobilísimo anciano, muy popular en los salones del mundo galante, y á quien Cleo de Merode asedia desde hace tiempo, inutilmente, con infatigable asiduidad. Felicia Hervier, vestirá un traje color verde-mar, con encajes blancos; la célebre Emilia d'Alençon, en relaciones actualmente con un español que figura entre los seductores más ternes de París y de Niza, ofrecerá á España una prueba de simpatía luciendo una falda encarnada y una chaquetita torera de terciopelo carmesí, que se ceñirá sobre una faja azul. Juana y Susana Derval, que ahora se disputan los agasajos del mismo banquero, llevarán cruzada al pecho una banda con los siete colores del arco iris; aún no se conocen los trajes de Nandette Stanlou, Agustina de Liers, y otras estrellas que seguramente concurrirán á la fiesta. La melancólica Liana de Pougé asistirá también, recordando con el luto de su indumentaria el lamentable desenlace de sus amores....

Si el tiempo no lo impide, la fiesta será interesantísima; una fiesta para escándalo de la modesta burguesía; llena de coqueteos, de miradas incendiarias, de insinuaciones, de sonrisas, de colorines, ¡de colorines, sobre todo! Una fiesta, ¡de oro y azul!

—Un ramito, caballero....

—Aparta....

—Lleve un ramito.... mírelo usted, qué bonito.

—Ya te he dicho que no quiero.

—Vamos....

—Que no puede ser.

—Obsequie á la señorita; ande usted....

—Muchacha, quita.... ¿tú no ves que es mi mujer?

—Hola, chico; ¿vienes solo?

—No; traigo á mi suegra.

—¿En dónde?

—En la boca del estómago.



En una almoneda que empezará á verificarse dentro de algunos días, se venderán:

Un timbre de voz, que recomendamos á muchos aplaudidos cómicos.

Un fonógrafo maravilloso que repite.... la voz de la sangre.

Un nivel.... intelectual.

La venda del amor, casi apolillada, porque hace tiempo que la humanidad ha dejado de andar á ciegas.

La balanza de la justicia. (Sin estrenar.)

El espejo.... de la verdad.

Un corazón de roca. (Se ignora si es masculino ó femenino. Unos dicen que perteneció á un prestamista; otros dicen que á una coqueta.)

Frasco de olor.... de santidad.

Perfume.... de inocencia.... (De muy difícil conservación.)

La rueda de la fortuna.

La máscara del dolor, la cuerda sensible, la llave del misterio, la trompeta de la fama, el cetro de la crítica y el trabajo de Penélope; (tapicería parlamentaria.)

Interrogatorio:—¿Estado?

—Casado.

—¿Qué hacía usted la noche del 22 de Julio?

—¡Ah, Sr. Juez!—respondió el perillán;—¡me extraña que persona tan respetable como V. S. haga preguntas tan subidas de color!....

—¿Cómo?

—¿No le he dicho que soy casado? ¡Pues apenas si tiene pimienta lo que hacen los casados por la noche!... Francamente, me parece excesiva inocencia en V. S. ó demasiada curiosidad.

Dos filósofos disertaban melancólicamente acerca del matrimonio.

—¡Institución deplorable!—decía uno.

—Es verdad.

—¡Funesta!

—Muy cierto; mas por fortuna, la fiebre de la carne declina pronto y con la edad se va el amor.

—Sí, se va el amor, ¡pero queda la mujer!

Un renombrado poeta se casó, en las postrimerías de su vejez, con una muchacha muy joven.

Al verle un su amigo algunos días después, no pudo contenerse y le dijo:

—Tu casamiento es absurdo; está fuera de las reglas....

—¡Hombre!.... ha sido una licencia poética,—replicó él.

—Usted, hermosa Clara, siempre está en oposición con mi reloj.

—¿Se puede saber por qué?

—Porque él me recuerda las horas que pasan y usted.... me las hace olvidar.

CREPÚSCULO



Él.—Luisa, á usted que tiene corazón de artista, ¿no la dice nada ese sol desmayándose en las azulinas-lontananzas del ancho mar?....

Ella.—Sí, querido, me dice dos cosas: que el cielo es azul como los billetes de banco; y el sol hermoso como una onza de Carlos III.

TOMANDO EL SOL



—Aunque el viejo D. Juan no te quería, te pagaba el hotel en que has vivido.
—¿Por qué volvéis á la memoria mía tristes recuerdos del hotel perdido?....

● LA VIDA GALANTE ● Revista semanal ilustrada

RAMBLA, KIOSCO NÚM. 1.—BARCELONA

Precios de suscripción

España y Portugal.—Seis meses. 4 pesetas.	Extranjero. . . .—Seis meses. 6 pesetas.
Id. id. —Un año. . 7 id.	Id. . . .—Un año. . 11 id.

LA VIDA GALANTE publicará 12 páginas de texto con fotograbados relativos á los artículos, cuentos, poesías, actualidades, crónicas extranjeras, teatros, etc., etc.

Redactada por distinguidos literatos. Ilustrada por reputados artistas.

ADMINISTRADOR: RAMÓN S. LÓPEZ

Enviamos números de propaganda á los corresponsales que deseen dedicarse á la venta de LA VIDA GALANTE en las poblaciones en que ésta no se encuentre todavía establecida.

Precio para el público en toda España: Número corriente, 15 cénts. Atrasado, 25 cénts.

SE PUBLICA TODOS LOS DOMINGOS

Pídase en todos los cafes, fondas, restaurants y colmados, el

ANÍS DEL MONO

el mejor de los licores.

CHAMPAGNE CODORNIU

De venta en todos los colmados, fondas, cafés y restaurants de España.

PEDID EL CATÁLOGO DE NUESTROS LIBROS FESTIVOS